

# RUEDA DE ALCALDES

## ALBERCHE DEL CAUDILLO

**-Un pueblo nuevo con buen nivel de vida.- Su máxima aspiración, dotarle de instalaciones deportivas.**

Desde que el 5 de mayo de 1956, Franco inaugurara el poblado construido íntegramente por el Instituto Nacional de Colonización, los 270 colonos de Alberche del Caudillo jamás tuvieron excesivo contacto con Talavera. Colonización dotó al pueblo de edificios públicos, centrales sindicales, hogares rurales y le dió tierras para trabajar. Los colonos se inclinaron sobre la tierra y empezaron a trabajar, criar hijos y almacenar dinero. Llegaron pobres y fueron haciendo poco a poco su fortuna. De 1956 acá han sucedido muchas cosas. Los hijos pequeños crecieron, las familias aumentaron, faltaron las casas, el dinero almacenado exigía nuevas comodidades, nuevos mercados, nuevas tiendas, más lujo y también trabajo nuevo.

Los 270 colonos de Alberche del Caudillo y sus hijos sintieron necesidad de salir de las tierras fértiles y ricas regadas por el Alberche para venir a Talavera a trabajar y hacer las compras. Por las mañanas, con los ojos somnolientos, de prisa, saludándose en plena calle, los hijos de los colonos, la segunda generación de Alberche del Caudillo, tenían que caminar, un día tras otro, los ochocientos metros que separan el pueblo de la parada de autobuses que la empresa de Autobuses Urbanos tenía a las afueras del poblado. Unas horas después repetían la misma operación los niños que estudiaban en el Instituto o en las academias, y las gestantes, y los enfermos, y las amas de casa, y los ancianos. Moverse de Alberche del Caudillo era sinónimo de padecer 800 metros de lluvia en invierno y sol en verano; aire en otoño y frío en primavera.

Uno de los principales problemas que sufrían hasta hace unos días los habitantes de Alberche del Caudillo era el transporte. Desde hace 22 años los autobuses de la empresa Casas, que tenía la exclusividad de la carretera de Calera desde el año maricastaña, impedían a los urbanos acercarse al poblado. Coger el autobús en Talavera para ir hasta Alberche era sinónimo de quedarse en la línea que marcaba el límite de cercanías, o sea a 800 metros del pueblo, y hacer el resto a pie. Así un año y otro año. Hasta que llegó la democracia y las mujeres de Alberche del Caudillo se animaron a plantar cara. Porque,

entre otras cosas, en esos 800 metros existen cruces, zonas de peligro y faltan las luces. Una niña había muerto tiempo atrás. Atropellada.

Cuando llegó la democracia, es decir unos meses después: cuando la gente se fue dando cuenta que salir a la calle ya no era un delito, las mujeres de Alberche del Caudillo se presentaron delante de la casa del alcalde y le dijeron muy sencillamente: "O entran los autobuses en el pueblo o salimos a la carretera y la cortamos".

El tiempo y las leyes desfasadas le daban toda la razón a la empresa Casas frente a los autobuses urbanos. Estos, con el permiso del alcalde de Talavera, una vez se habían decidido a entrar en el pueblo, pero la Casas se plantó y hubo que pagar una multa de 50.000 pesetas. La ley, aunque injusta y desfasada, le daba la razón a la concesionaria del recorrido. El ayuntamiento de Alberche llevaba luchando 15 años para superar esta anomalía. En el asunto habían intervenido Thomas de Carranza, Jaime de Foxá y Tarancón cuando era arzobispo de Toledo, sin resultado.

El alcalde viendo a las mujeres, cogió el teléfono y se puso al habla con el gobernador. Eran los últimos días de Carlos Pérez de Lama en el gobierno civil. El gobernador pidió tres días para hacer gestiones. Si a los tres días no había dado respuesta, las mujeres podían salir a la calle. Al tercer día no había llegado la contestación. Las mujeres estaban reunidas, el capitán de la Guardia Civil de Talavera sobre aviso, el alcalde de Alberche compinchado con las mujeres: "Cuando yo dé un silbido todas a la calle", y todos

pendientes del hilo telefónico. Acababan de darle el cese a Pérez de Lama. ¿Qué pasaría? Finalmente llegó la llamada tranquilizadora que prometía la entrada de los autobuses urbanos en Alberche. Desde hace un mes, por obra y gracia de una decisión tomada bajo la presión de los ciudadanos, Alberche del Caudillo y Talavera han quedado unidos por un cordón vital que hará más fluidas las comunicaciones.

El problema sin embargo no ha quedado totalmente solucionado, los vecinos se mantienen alerta, dispuestos a presionar nuevamente al alcalde caso que se verificara esta segunda vez lo que sucedió la primera; es decir: que la empresa Casas vuelva a ganar el pleito.

El alcalde de Alberche del Caudillo tiene sus cincuenta y tantos o sesenta años, varios hijos, alguno de los cuales está trabajando en Madrid, va vestido de campesino, y su figura recia termina en unas manos grandes, abultadas, gordas y desparramadas por las duras faenas del trabajo en el campo. Ha sido legionario, lleva un buen puñado de años de alcalde, no es muy culto, lo dice él mismo, está contentísimo de estar en Toledo donde, además de recibir dos balazos, ha criado a sus hijos, ha logrado tener pan, tierras, cultura y ser alcalde "cosa que no habría logrado jamás en Andalucía", patria chica de origen. Están con él durante la conversación sobre Alberche del Caudillo, el teniente de alcalde Tomás Jiménez Carrasco, Julián López García, alguacil municipal que hace veces de secretario, y falta, porque no ha podido acudir a la cita, el vocal Gabriel Monjas Rodríguez.



Don Luis Requena Torres, alcalde de Alberche del Caudillo.

Lo primero que se nota es la falta de homogeneidad en esta corporación. Hay diferencias de edad, de enraizamiento en Alberche del Caudillo, de cultura y enfoque general de la vida. Las declaraciones se hacen por unanimidad, aunque se advierten las diferencias sin hacer grandes esfuerzos. Por paz y concordia cada cual calla sus opiniones particulares pasando al bloc de notas del periodista sólo aquellos conceptos en los que están todos de acuerdo. Una especie de censura colectiva, un juego en el que entramos todos; conscientes los unos y los otros por chauvinismo de patria chica.

—El nuestro es un pueblo unido, afirma el alcalde.

Parece que el alcalde no exagera.

—No hay broncas ni riñas, porque aquí no hay señores y ganapanes como sucede en casi todas partes.

Es evidente que en Alberche no hay señores. Cuando se formó el poblado, llegaron al pueblo por ley los vecinos más desheredados de Talavera, Calera, Las Herencias, Gamonal, Navalcán, Valdeverdeja y Parrillas.

—La ley había hecho el poblado efectivamente para acoger a los más desheredados. Así sucedió en líneas generales. Sin embargo, de algunos pueblos llegaron personas que no estaban en esas condiciones. Hubo favoritismos, como siempre. Algunos alcaldes enviaron para acá a sus amigos.

En un pueblo viejo, con su herencia de siempre, sus distinciones entre ricos y pobres, señores, señoritos y labradores de a pelo, habría resultado más difícil que en Alberche que el vecindario se uniera para reclamar algo. Piensa el alcalde y los concejales que un plantón masivo como el de los autobuses hubiera sido poco menos que imposible.

—¿Sabe usted? Por las divisiones que vienen de siempre.

A los de Alberche, unidos por la pobreza inicial, el trabajo en unas tierras casi iguales y la vida en un poblado hecho a la medida para que se sintieran a gusto; unidos también por la amistad y la camaradería, les divide, aunque no mucho, la política.

—Tenemos un sesenta y uno coma cinco por ciento de socialistas; un veinticinco por ciento de centro, un seis o un siete por ciento de comunistas y el resto dividido entre los demás partidos.

En el ayuntamiento son conscientes de que la corporación municipal no refleja en nada o casi en nada la estructura política del pueblo, y sin embargo...

—Realmente no nos sentimos incómodos.

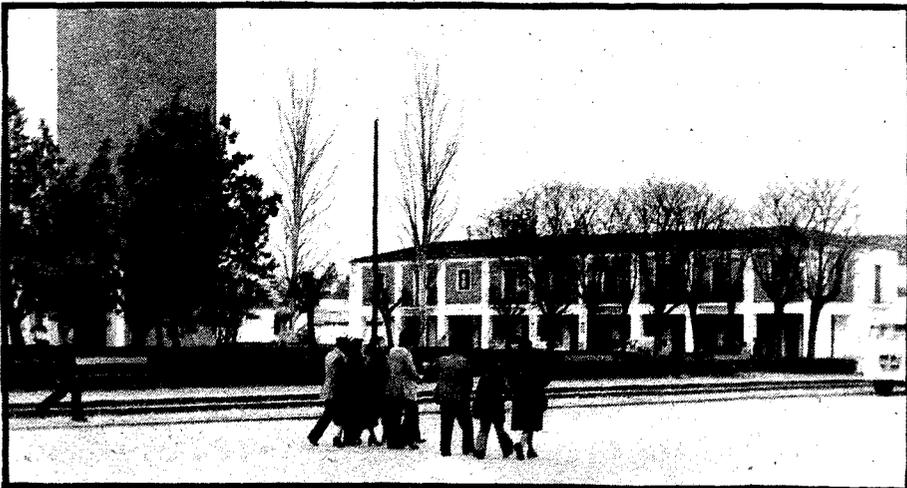
—Extraño ¿no?

—El pueblo —tercia el alcalde— nos sigue respetando.

La tierra de Alberche es de primera calidad. Cada vez que quedan parcelas libres hay una lucha para hacerse con



Plaza mayor ajardinada.



Habitantes de Alberche del Caudillo paseando por las calles del pueblo.

